

EN DOS SEGUNDOS

*Gracias a La oreja de Van Gogh por su canción **Jueves** y la más sincera solidaridad con las víctimas de la violencia.*

Helena no tenía la prisa que todo el mundo parecía tener. Ordenaba sus pensamientos de una forma natural como si de un texto escrito se tratara. Dentro de un rato lo volvería a ver como cada día laborable en los últimos seis meses. Subiría a su mismo vagón, la miraría con aquellos ojos grandes y azules, se bajaría en su misma parada y ambos recorrerían el trayecto final hasta el lugar de despedida, en el que cada mañana Helena deseaba que aquella no fuera la última vez. Allí solo quedaba una mirada de complicidad, una mirada que reflejaba un deseo reprimido por miedo.

Cada mañana se planteaba durante el trayecto dejar a correr sus sentimientos, gritarlos a pleno pulmón, pero aquella ilusión apenas le duraba dos paradas y tras aquella Helena ilusionada y enamorada siempre llegaba la Helena responsable que la mantenía en silencio.

A veces, cuando entraba al vagón del metro, se entretenía imaginando la historia que puede haber detrás del físico y la actitud de algunas personas. Y entonces inventaba sus vidas.

Observó a una pasajera: era una mujer que hacía días que no veía. Siempre con la cara descajada, con una mirada apagada llena de incertidumbre. Ahora llevaba su cabeza oculta tras un pañuelo. Sin embargo, hoy deslumbraba felicidad en su mirada, a kilómetros de distancia se podía sentir su fragancia de ilusión y ganas de vivir. No podía imaginar otra cosa, estaba segura de que aquella mujer había superado una terrible enfermedad. Imaginó sus llantos, sus temores y su angustia, la miró con admiración y le sonrió dulcemente. Al pensar en la alegría de su esposo e hijos ante el triunfo que suponía la gran batalla de su vida, Helena también se sintió feliz.

Luego fijó la vista discretamente en el pasajero sentado junto a ella, un joven alto, del África quizás, cuya sonrisa reflejaba una satisfacción inmensa. Mostraba esa cara de afán de vivir que solo los niños con zapatos nuevos consiguen transmitir, aunque en el fondo de su rostro se vislumbraban duras vivencias. Helena tenía por seguro que llegar hasta ahí le había costado más de lo que nadie podía llegar a imaginar. Pero, como para ella nada era inimaginable, ideó cómo había llegado hasta ahí y miles de dolorosas historias vinieron a ella. Hambre, frío, enfermedades, tal vez agresiones...

Lo importante en aquel momento era que aquel hombre estaba allí por fin y, muy probablemente, para trabajar duro, pero en paz. Tal vez había conseguido un empleo en la construcción, tal vez en un supermercado, tal vez vendía en la calle.

Pero qué más daba cual fuera su empleo, a ella le bastaba con pensar en verle al día siguiente con esa expresión de dicha y agradecimiento. Entonces el hombre, le sonrió dulcemente.

Súbitamente una muchacha jovencita se sentó junto a ella, no pudo dudar en que fuera estudiante dado que llevaba entre sus brazos la carpeta de una facultad universitaria de la ciudad. Helena se vio reflejada en ella años atrás, nadie sabe más que ella la felicidad que da estudiar lo que deseas. Empezó a imaginar la vida de aquella joven en relación a su propia vida: la ambición y unas ganas enormes de volar alto, las mismas que años atrás reflejaba ella. Veía la universidad como el último escalón de formación y como el primero de una nueva vida. Repentinamente abrió su carpeta y, tras una curva inesperada, unas hojas con apuntes cayeron al suelo. Estudiaba medicina, sin duda, una carrera vocacional. Qué suerte, pensó Helena, tener por delante los mejores años de tu vida, y quien sabe cuántas vidas podría llegar a salvar aquella joven rubia en unos años. Al entregarle un par de hojas recogidas del suelo, Helena le sonrió dulcemente. La joven le devolvió la sonrisa.

Las puertas se abrieron y él subió, rápidamente la buscó con la mirada, intentando disimular su temor a que no estuviera en el vagón. Pero allí estaba ella, mirándole con esos ojos de enamorada, con esos ojos de ilusión, con esas ganas de gritar sus sentimientos. Sí, Helena se dio cuenta, esta vez no había aparecido la Helena responsable para pararle los pies. Esta vez estaba completamente cargada de decisión, esta vez era diferente y este, sin más espera, era el día. Tal vez los astros se habían alineado para darle fuerzas, o tal vez había comprendido la importancia del tiempo, porque cada segundo que pasa ya no vuelve nunca, es irrecuperable. Helena no estaba dispuesta a seguir dejando pasar tiempo sin hablar con él, había llegado el día. Apenas quedaban dos paradas para llegar al destino que ambos compartían y lo había decidido con firmeza, al bajar del vagón se presentaría de manera natural y le propondría tomar un café.

No quería planear más sino dejarse llevar por el corazón, no más pensamientos y cálculos de probabilidades. Sí o sí, lo haría. Total, no tenía nada que perder y mucho que ganar. Lo volvió a mirar a los ojos y le dedicó una dulce sonrisa que él devolvió inmediatamente.

Un hombre entró cuando casi las puertas iban a cerrarse, por primera vez en el trayecto Helena sintió el odio hacia la vida, su mirada era fría y su gesto tenso. Una nube negra de malos sentimientos planeó sobre Helena, pero no quiso seguir pensando mal sobre él e intentó imaginar algo bueno. Vestía con tonos negros y grises y cargaba una gran mochila a su espalda. Quizás era vendedor y allí llevaba la mercancía, quizás tenía un trabajo muy duro y no era feliz y a lo mejor tenía que alimentar a varios hijos y podía ser que estuviera en paro y trapicheaba para sobrevivir... Intentó justificarle así pero no, algo había detrás de él, su mirada helada reflejaba maldad.

Volvió a mirar a su amor, se levantó y se preparó para...

¡Alá es grande! Un solo segundo rompió toda la ilusión, todas las ganas de vivir; todos los sueños.

Isabel Milla (1r Batxillerat B)